

Bion. ¿Cómo no se tornó en dulzura allí donde tan dulces cantos recibían su miel? Y Shelley dice, también siguiendo a Mosco: «Nuestro Adonais bebió ponzoña». Qué veneno tan corrosivo, tan mortal para las almas delicadas la crítica de quienes no aman las obras de arte, a pesar de haber hecho del arte una profesión.

¿Por qué Shelley llamó *Adonais* esta su bellísima elegía? *El lamento a la muerte de Adonais* de Bion fué su modelo. A través de estos versos también pasa un aliento de rosas consagradas a Cytorea. Un soplo celeste tiembla en los suspiros de este divino lamento de Bion. Pero creo que no dejó de influir en Shelley aquel breve poema de otro bucólico anónimo: *Muerto Adonis*.

Cuando la Cytorea vió a Adonis muerto, toda desgredada, con las mejillas pálidas, pidió a los Amores que le trajesen al jabalí culpable. La diosa le increpó su crimen. Y estas fueron las palabras de la bestia: «Juro por ti, oh Cytorea, por tu paso, por estas ataduras y por estos cazadores, que nunca hubiera yo dado muerte a tu gentil esposo, si no le hubiese visto tan bello como una estatua y no pude refrenar el quemante loco deseo de besar su desnudo muslo. Destruyeme, ahora, es cuanto te ruego; corta y aparta estos colmillos, castígalos—¿por qué poseo colmillos tan apasionados? Y si esto no te basta, toma también mis belfos—¿por qué se atrevieron a besar?» Cytorea y los Amores, compadecidos le dejaron ir; mas él no partió a los bosques, sino que sigue los pasos de Cytorea.

Jabalíes también estos que destruyen la obra de arte con el santo pretexto de que aman el arte. Se dicen esclavos de la belleza pero no la hallan en las obras de arte, sino en sus ruinas; se dicen admiradores del genio, más no lo saben reconocer sino cuando le tienen muerto, porque le han atosigado el alma.

Set. 2.—1923.

VI. Las Canciones

de J. TORRES BODET

Cuando de sus heridas, en aventura de ajeno amor ocasionadas, moriase en la ciudad de México el inolvidable autor de *Ojos claros, serenos*, atomizo en el valle del Anahuac con la eternidad de su alma la música no terrena de su lira. Se ha quedado en el ambiente de esos valles, donde la han respirado sus mejores poetas.

Y aquí, en este libro de brevísimas lecturas, hay muchos acordes de aquella música de lira y madrigal.

A medida que leía las primorosas

páginas iba esclareciéndose el sentimiento de que la canción resucita. En *He dejado* he vuelto a oír aquellos mágicos romances de Góngora, la lírica espontaneidad calderoniana de las primeras escenas de *La Vida es Sueño*. En la *Balada del Hada y del Corazón* hay de los viejos romances fronterizos y caballerescos. Otras veces, como en *Invitación al viaje* o *La canción de las voces serenas* es el ritornelo que acentúa lenta y sabiamente una emoción. Aquí está una diferencia de los antiguos trovadores lemosines, sicilianos o gallegos; las repeticiones de Torres Bodet, a pesar de que producen efectos musicales, le sirven para intensificar la emoción poética. El trovador medioeval que también componía su música, solía confiar a sus notas cuanto hurtaba a las palabras, si, como era lo corriente, celebraba en sus trovas a una mujer casada. De suerte que sus repeticiones bien podían carecer de sentido ideal, pues que poseían la emoción musical. O eran simples palabras de convención, como en los cantares guayados y ledinos.

En las *Canciones* de Torres Bodet las repeticiones son rara vez idénticas: hay leves variantes que sugieren, ora los cambios de hora y de paisaje como *Canciones de las voces serenas*, ora la identidad del sentimiento como en *Invitación al viaje*, ora el progreso de la emoción como en el *Lied*.

Las canciones expresan los sentimientos humanos por excelencia, lo universal humano; por tanto desacierta quien hallase un motivo de censura en la ausencia de originalidad de las canciones. Mientras más humana, parécenos más honda, más hermosa. Precisamente porque todos hemos vivido aquello, porque lo hemos sentido nos seduce la expresión del poeta con la cual no atinábamos nosotros. En este común sentir se funda la popularidad de la canción.

Mas yo hallo en estas de Torres Bodet un aroma tan personal que me he visto tentado a estudiarlas para descubrir endonde respiraba esa escondida flor fragante. He debido sonreír cuando me miré haciendo la anatomía del ruseñor de voz inspirada y del frágil canario de los bellos ojos negros, todo para saber por qué encanto nos mueven a deleite sus trinos y sus escalas, como si tales anatomías pudiesen dar con las intangibles cosas de las almas.

No ha podido escapárseme, sin embargo, la fantasía plástica que le hace ver con animación inteligente los rasgos del paisaje:

Este campo, como un perro,
nos conoce hasta en la voz

y parece respondernos
con el labio de una flor.

O como en el exquisito cuadro campestre de *La primavera de la aldea* en donde toda la canción es una sola imagen evocadora; o como en *Fatiga* en donde canta:

Apóyate en mi amor, hazte tan débil
que tenga que poner mi pensamiento
como un brazo alrededor de tu cintura,
bajo el peso extenuado de tu cuerpo.

O como en *Niños*, de quienes dice que

Llevan mochilas
llenas de ilusión
y sus almas brincan
como aros al sol.

Ni se me pasó por alto esa sutileza que es más una sugestión que una expresión franca y que para tantos delicados y penetrantes entendimientos es como la esencia de la poesía, como ocurre en las dos finales estrofas de *Canciones de azul tranquilo* y en la primera canción del libro bordada en torno de la fugacidad de las horas del amor.

Y así se me ha ido de las manos el libro, «como el agua de las horas», con una música varía, en la que prevalecen los melódicos metros breves que son la delicia de los viejos cancioneros.

Casi todas estas canciones lo son de verdad; pueden entonarse con los instrumentos de cuerda. Y sintiendo revivir en ese breviario las canciones de otros tiempos, evocando figuras de trovadores desde el Conde de Poitiers hasta Dinis de Portugal, he deseado que el poeta mexicano haya también compuesto la música, como para dar nueva encarnación en las letras hispano-americanas a ese impulso del alma que nos lleva a modular la voz con las dulces palabras que se levantan en el corazón.

Mas si no ha compuesto la música quédele el contento de poder afirmar que ya es bastante y bien sutil la exquisita melodía de sus *Canciones*.

ROBERTO BRENES MESÉN

Set. 4.—1923.

University of Syracuse,
N. Y., U. S. A.

Obras de Lugones disponibles:

<i>Filosofías</i>	¢ 4.00
<i>Odas seculares</i>	4.00
<i>Romancero</i>	4.00
<i>Cuentos fatales</i>	4.00

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.